

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, EN PRIMERA PERSONA

*Domitila Peña Bastidas**

Con el atrevimiento que solo la escritura permite, me dispongo a realizar una suerte de traducción a la grafía, del pensamiento del más preclaro símbolo de la venezolanidad, arquetipo de la bondad y el servicio: José Gregorio Hernández.

“Haber nacido en la provincia me ayudó a entender la importancia de la calidez humana, la afabilidad y el buen trato hacia los demás. Fue un día miércoles cuando abrí los ojos al mundo, 26 de octubre de 1864. Mis padres se habían asentado en aquella comarca buscando un lugar tranquilo donde vivir y allí echaron raíces: Primero María Isolina, quien solo vivió durante siete meses, luego llegué yo y me siguieron María Isolina del Carmen, María Sofía, César Benigno, José Benjamín y Josefa Antonia.

Indudablemente que los primeros años de vida, constituyen la savia que alimenta y construye la personalidad de cada ser. No voy a detenerme a enumerar virtudes propias: no lo hice durante casi 55 años, no lo haré hoy desde el lugar sagrado donde me encuentro. Quiero sí, pensar en voz alta para intentar encontrarme con la sustancia nutricia que forjó mi ser.

*Licenciada en Educación, Abogado, profesora en el Departamento de Ciencias Sociales del Núcleo Universitario “Rafael Rangel” de la Universidad de Los Andes - Venezuela. E_mail: domitilape@gmail.com

En este viaje a la memoria es imposible no detenerme en esos primeros años de vida en Trujillo, en Isnotú. Benigno María Hernández Manzaneda y Josefa Antonia Cisneros Mansilla marcaron la impronta que acompañó cada uno de mis pasos. La madre es la definición más cercana del amor, siempre luz y calidez. La mía cumplía a cabalidad sus quehaceres en el hogar pero también ejercía una labor social encomiable, en una palabra, ella practicaba el verbo “ayudar” y sabía hacerlo muy bien. De ella aprendí la caridad, la solidaridad, la piedad y la necesidad de acercarme a Dios.

Esa inquebrantable fe en Dios que mi madre se encargó de transmitirme me hizo pronto entender que los designios de Él son inescrutables, y entonces debemos aceptar su voluntad. Sin embargo, antes de cumplir ocho años, ¿Cómo pedirle a un niño que no lo desgarrar el dolor de perder a su madre? El 28 de agosto de 1872, cuando mi pequeña hermana Josefa Antonia, apenas tenía 4 días de nacida, mi madre muere dejando a seis pequeños sin la ternura de sus amorosos brazos cobijándolos. La nobleza de mi madre, la entrega con la que atendió a su familia y a todo aquél que pudiera ayudar, la hicieron una católica en acción, lo que le confiere el descanso eterno, de eso estoy seguro. Mas, permítanme secar mis lágrimas para poder continuar.

Hay espacios afectivos que nadie puede cubrir pero sí pueden llenarse con la sensibilidad propia de seres amorosos: La tía María Luisa fue siempre tan generosa que su presencia ayudaba a sobrellevar el vacío por la madre muerta.

Después de cuatro años de viudez, mi padre contrajo nuevamente matrimonio: Se casó en Boconó, con María Hercilia Escalona, una mujer bondadosa que hizo crecer la familia Hernández con la llegada de seis hijos más.

De mi padre, dedicado al comercio, a la venta de mercancía seca, de víveres y farmacia, aprendí la prudencia, la justicia, la firmeza y la rectitud. Hombre generoso, solidario y creyente que amó y cuidó con dedicación a mi madre y luego a todos sus hijos. Con gran pesar recibí la noticia de su muerte cuando me encontraba en París, aquél 8 de marzo de 1890.

Regreso a Isnotú: a los 9 años empezó entonces mi encuentro con la formalidad de la escuela. Un buen maestro puede transformar la vida de un ser humano, no solo por los aprendizajes teóricos sino por infundir la esperanza y los deseos de superación. Pedro Celestino Sánchez, aquél marabino que fundó una escuela en el pueblo a la que, a Dios gracias, pude asistir, vio algo en mí y recomendó a mi padre que me enviara a Caracas a cursar estudios superiores. ¡Cuánto le debo a mi noble maestro!

En aquellos días de adolescencia, consideré la posibilidad de ser Abogado para administrar justicia, no obstante mi padre, siempre tan acertado en sus pensamientos y juicios, me pidió que fuera médico para ayudar a los que sufren. En aquél momento entendí, entonces, que el lugar más seguro que existía era aquél que me acercara más a Dios y, la medicina, se dibujaba ante mis ojos como una manera genuina de vivir la fe.

Cuando tenía 13 años, ayudado por amigos de la familia que también emprendían viaje, llegué a la capital para iniciar mis estudios de bachillerato. Recordando aquel largo viaje, en la soledad de mis pensamientos, muchas veces me pregunté: ¿Qué sería de mí se me hubiese quedado en Isnotú? Hoy, con la fortaleza que produce el camino recorrido, sé que, de haberme quedado, hubiese encontrado otra forma de servir a Dios. Pero la voluntad del Creador se había manifestado y aquél viaje a Caracas era el inicio de mi formación y luego ejercicio de la ciencia de Dios.

Con el régimen internado ingresé al colegio Villegas de Don Guillermo Tell Villegas y su amantísima esposa, Doña Pepita, quienes me cobijaron de forma amorosa. Todo cuanto mi madre me transmitió en modales, en gentileza y en el acto de entregarme para servir, lo fui practicando con mayor propiedad en aquel mundo del saber. En los espacios académicos cultivé amistades (¡cómo dejar de mencionar a Santos Anibal Dominici!) y desarrollé algunas actividades que llenaban mi alma: aprendí a tocar piano y armonio. Pronto me convertí en instructor de Aritmética e Inspector General del Colegio: Eran los premios que llegan sin buscarlos deliberadamente, pues constituían elementos accesorios a la entrega por lo que se hace, cuando se hace bien...

En 1882 obtuve el título de bachiller en Filosofía y ese mismo año ingresé a la Universidad Central para cursar estudios de Ciencias Médicas, honrando así la promesa que le hiciera a mi padre y latente siempre el ejemplo de mi madre: Servir. Cuando cursaba el 3er año de la carrera me atacó la fiebre tifoidea y siempre estuvo la Providencia de mi parte, pues siendo yo un provinciano prácticamente solo en la capital, conté con la bendición de ser auxiliado en mi lecho de enfermo por varios médicos piadosos que me ayudaron a salir de ese cuadro calamitoso.

Ya la fuerza divina tenía reservado para mí importantes acontecimientos en la fecha 29 de junio. Un día como ese, en 1888, el jurado evaluador de mi examen, por unanimidad, tuvo a bien emitir un veredicto aprobatorio. Nacía un nuevo compromiso pues, como lo afirmó el Rector de la Universidad al entregarme el título de Doctor en Medicina, Doctor Anibal Dominici, Venezuela y la medicina esperaban mucho de mí: ¡No podía quedarles mal!

La fuerza de la tierra, de esa que después Mario Briceño-Iragorry denominó “*de María Santísima*”, me hizo su llamado. Era la primera promesa que debía cumplir: servir en mi pueblo. Regresé a Isnotú a aliviar los dolores de mis coterráneos. Sí, tenía grandes oportunidades en la capital pero en Isnotú estaban mis afectos: mi padre, hermanos... y mi madre muerta en el cementerio. Por gratitud y respeto, no podía dejar de unirme nuevamente con esos sentimientos filiales, ahora ya convertido en Doctor. Aun cuando encontré en mi pueblo prácticas de santería, creencias y rituales a la vieja usanza, los cuales no compartía ni aprobaba, sentía que había dos faroles que encender en aquellos lares: la ciencia y la fe. Ejercer como médico rural fue una experiencia que debía vivir para complementar mi formación. Visité Valera, Boco-nó, Niquitao...pero un nuevo viraje estaba a punto de producirse en mi vida.

En abril de 1889 llegué nuevamente a Caracas y de allí, a París, pues, gracias a un decreto del gobierno fui seleccionado para formarme en Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental, con el firme compromiso de traer los conocimientos para crear el laboratorio fisiológico en el Hospital Vargas y enseñar

esas cátedras en la Universidad Central. Dominar el idioma francés me ayudó notablemente a familiarizarme con mayor rapidez con las técnicas de laboratorio y fundamentos teóricos por los que había viajado. Gran oportunidad para el crecimiento y el enriquecimiento cultural y científico.

Como Dios está en todas partes, me sentía tan cerca de mi fe tanto en una iglesia parisina como en la de Caracas. Los mundanos placeres de aquella ciudad con tanto desarrollo no amilanaron mi espíritu ni socavaron el propósito de cumplir con el compromiso personal, familiar y con el país, todo lo contrario, en una oportunidad en la que recibí una medalla por mi labor en París, juré aplicar todos esos conocimientos que adquiriría para el bien de la humanidad.

En 1891 regresé a Venezuela cargado de ilusiones, traía todo lo necesario para instalar el laboratorio: los conocimientos y los insumos. Me correspondía ahora fundar la medicina experimental en nuestro país y contribuir con la modernización de sus estudios. Mi tiempo alcanzaba para todo: para escribir con criterio científico y también a través del género epistolar, para investigar, realizar trabajos de laboratorio, ejercer la medicina, la docencia universitaria y la vida religiosa. Sin duda alguna, las competencias comunicativas se entrelazan con las competencias culturales y haber salido del país abrió otra perspectiva en mi ser, ampliando mi consciencia intercultural.

La llegada de la tía María Luisa de nuevo a mi lado, constituyó una fuente de inagotable placer pues, a la muerte de mi madre, ella supo representar ese rol con el don bendito de la dulzura.

Mis años en la docencia universitaria me depararon grandes alegrías: Formar con ética, manejo técnico y pasión es una tarea sin igual. Después de casi 15 años de labores académicas, me retiré del ejercicio docente, en 1905. Ya mi pensamiento profundo se dirigía hacia el ingreso a La Cartuja, enclaustramiento al que llegué en 1908, recibiendo el nombre de Fray Marcelo. La medicina y la docencia me unieron indefectiblemente con la palabra, el diálogo y la escucha, ahora me correspondía el silencio de aquel lugar. Sin embargo, solo permanecí nueve meses allí, pues *“No tuve las suficientes fuerzas físicas para resistir al*

frio, al ayuno y al trabajo manual, (...) yo me había ido en un estado de acabamiento físico tan grande que solo pesaba noventa y siete libras. No tenía suficiente latín ni la demás ciencia indispensable para la profesión religiosa”¹

Regresé a Caracas en 1909 y gracias a la generosa petición de algunos estudiantes, volví a las aulas universitarias y, de nuevo, sentí la plenitud al saberme útil para la formación de los futuros profesionales. La Universidad no solo es “la casa que vence la sombras”, es luz y esplendor, es el lugar para la autorrealización con el acompañamiento del otro, es el terreno para la construcción de un mundo más humano desde el borde enunciativo de la universalidad del conocimiento. Gran aflicción me causó el decreto del General Juan Vicente Gómez, mediante el cual cerraba la Universidad Central de Venezuela y con esa declaración unilateral, también quedaron clausurados los sueños y esperanzas de tantos estudiantes y familias completas que vislumbraron en la Universidad el mecanismo para ascender social y económicamente y para contribuir con el desarrollo del país.

No abandoné la intención de hacerme religioso: En 1913 viajé a Europa con mi hermana Isolina, de quien me despedí en Francia y me dirigí a Roma. Para cursar latín y teología ingresé a la sede del Colegio Pío Latino-Americano, a cargo de Jesuitas. Pero Dios me quería en otro lugar, como seglar: Estaba muy contento de ser alumno en este ilustre colegio romano, sin embargo enfermé de los pulmones y, por indicación médica, debía buscar un clima cálido para apresurar la mejoría. Viajé a Génova, luego a Milán y después a París, donde se me recomendó no permanecer en Europa durante el invierno. Triste por no poder continuar con los estudios, regresé a Venezuela en agosto de 1914, a La Pastora, casa N°3, entre la Esquina de San Andrés y Desbarrancado, lugar que me cobijó hasta que dejé el mundo terrenal.

Me reintegré a las aulas de clases pues, ante el cierre de la Universidad Central, los doctores Luis Razetti y Jesús Rafael Risquez, habían fundado una Escuela de Medicina privada y luego en 1916, el gobierno creó la Escuela de Medicina en la sede del Instituto Anatómico, de manera que pude mantener el lazo con la docencia.

¹ Carta a César Dominici del 7 de octubre de 1912

Nada detuvo mis deseos de aprender: En 1917 viajé a Nueva York para seguir formándome en Embriología e Histología, más lo costoso de los cursos me impidió tomarlos. Me dirigí a Madrid y aproveché grandes lecciones de histología moderna. Volví a Nueva York pero en 1918 regresé a Caracas. En ese mismo año apareció en nuestro país la terrible gripe española: No deja de ser simbólico, incluso de traspasar el ámbito de la acción humana, el hecho de que por segunda oportunidad me toque enfrentarme con una pandemia mundial: ayer como médico, hoy...como acompañante espiritual.

El 28 de junio de 1919 me despedí del aula de clase, esa noble labor que con rectitud, puntualidad y entrega ejercí por tantos años. Pero escindiendo lo personal de lo universal: ¡Ese fue un gran día, pues se firmaba el tratado de Versalles, que conduciría a ponerle fin a la Primera Guerra Mundial! Ante este magnánimo acontecimiento, mi sensibilidad no alcanzó a predecir que con aquella clase al curso de Bacteriología, estaba despidiendo mi ejercicio docente, quizás porque los sucesos de París exigían empatía respecto de la muerte, los padecimientos, y el dolor de los otros, producto de la cruenta Guerra Mundial.

El domingo 29 de junio de 1919 se cumplían 31 años de mi graduación como médico: Temprano fui a oír misa en la Iglesia de La Pastora, como todos los domingos, y recibí la sagrada comunión. Luego, como era habitual, visité a mis enfermos y regresé a casa a desayunar. En la tarde, requirieron mis servicios: una anciana enferma me necesitaba. Pasé primero por la farmacia para llevarle sus medicinas. Supe que actuar bajo la égida de Dios, haciendo el bien, con justicia y entrega, que ser un buen cristiano, un correcto ciudadano, que practicar la puntualidad, la oración diaria, la virtud y el servicio noble hacia los demás, que experimentar el deseo de ser bueno y practicar las obras de la caridad en silencio, sin la estridencia del reconocimiento...¡había valido la pena!. Supe que ese 29 de junio, reconociéndome como sujeto sensible y finito, había llegado el momento de trascender. Siempre había guardado la esperanza de la metamorfosis y...el momento llegó. . .

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

González Cruz. F (2020): *Camino de Santidad.* Cronología del Dr. José Gregorio Hernández.

Suárez, M. (2005): *José Gregorio Hernández.* Biblioteca Biográfica Venezolana. C.A Editora El Nacional. Caracas, Venezuela.

Yaber. M (2004): *José Gregorio Hernández.* Ediciones Opsu. Caracas, Venezuela